



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE216734

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Violencia no

Hay una debilidad en el pensamiento cristiano sobre la violencia de género y esto es un problema, afirma **Marta Rodríguez**, directora del Instituto de Estudios Superiores sobre la Mujer y miembro del comité de dirección de *Donne Chiesa Mondo*. Si queremos ampliar el horizonte y marcar la diferencia, la condena moral ya no es suficiente, debe ir acompañada de una reflexión teológica y pastoral igualmente incisiva y sistemática.

En el mes en que se celebra el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, investigamos las razones de un vacío que debemos comenzar a llenar sin demora. Las cuestiones críticas de la cultura contemporánea sobre esta cuestión deben suscitar una reflexión más madura y consciente sobre la relación entre hombre y mujer también en el contexto cristiano, desde donde pensamos que puede emanar una contribución útil para todos, creyentes y no creyentes. Esto requiere, dentro de la Iglesia, superar cierta resistencia a abordar abiertamente, no solo desde un punto de vista teológico sino también social, la cuestión de las relaciones de género y las consecuencias en términos de cambio que la perspectiva antropológica cristiana exige hoy con fuerza. **Rebecca Cheptegei**, corredora de maratón, rociada con gasolina y prendida fuego por su pareja cuando regresaba a casa de misa. Murió pocos días después de su regreso a Kenia desde los Juegos Olímpicos de París.

El Papa **Francisco** recuerda que el flagelo de la violencia contra las mujeres tiene “raíces profundas que son también culturales y mentales y que crecen en el suelo del prejuicio, la posesión y la injusticia”. Y la Iglesia, como institución, tiene que estar a la vanguardia para ofrecer ayuda concreta a las víctimas a través de obras de caridad, de acogida y de escucha. Pero la conciencia eclesial, señala **Lucia Vantini**, presidenta de las Teólogas Italianas, sigue siendo débil y, en cualquier caso, “no podemos pensar en remediar la violencia contra las mujeres sin tocar la cuestión del poder en la Iglesia, de su forma narrativa y de su ejercicio práctico”.

Queda todavía un largo camino por recorrer, tanto en la Iglesia como en la sociedad. En este contexto publicamos un monólogo de la escritora **Rosella Postorino** que dio voz en el teatro a cuatro mujeres bíblicas que fueron víctimas de la violencia machista. Y la reflexión de la poeta y dramaturga **Maria Grazia Calandrone** que transformó en novela un caso criminal que terminó con una sentencia revolucionaria: Una mujer que mató a su marido fue absuelta porque los jueces no consideraron solo el asesinato, sino también los 20 años de abusos que los precedieron.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Decir “basta” no es suficiente

El pensamiento cristiano todavía parece débil cuando se trata de atajar las agresiones contra las mujeres

VITTORIA PRISCIANDARO

Hay una fecha que, en Italia, marca el punto de partida de una nueva conciencia sobre la urgencia de una respuesta contra la violencia contra las mujeres. Es el 11 de noviembre de 2023, cuando **Giulia Cecchetti**, de 22 años, es asesinada por su exnovio en vísperas de su graduación. En Italia, donde cada tres días se produce un feminicidio, las palabras de **Elena**, hermana de Giulia, crean una enorme polémica. “Los monstruos no están enfermos, son hijos sanos del patriarcado, de la cultura de la violación. La cultura de la violación es la que legítima cualquier comportamiento que dañe la figura de la mujer, partiendo de cosas a las que a veces ni siquiera se les da importancia, pero que lo son, como el control, la posesividad o el *catcalling*. Cualquier hombre viene privilegiado por esta cultura”.

En Padua, a pocos kilómetros de la casa Cecchetti, se encuentra la Facultad de Teología del Triveneto. La codirectora es una mujer, **Assunta Steccanella**. “Como mujeres, madres y abuelas, sentimos el impulso de hacer algo por las nuevas generaciones. Para empezar, interrogarnos no solo sobre cómo llegar pastoralmente a los jóvenes, sino también sobre cómo ser protagonistas a la hora de abordar determinadas cuestiones. De ahí nació el curso sobre violencia de género que comenzará en el segundo semestre”, explica **Michela Simonetto**, psicóloga que imparte el curso junto a la consagrada experta en espiritualidad, **Marzia Ceschia**. “La violencia contra las mujeres pone en tela de juicio también toda una experiencia y un desarrollo cultural que es herencia del cristianismo”, subraya sor Marzia.

En 2022, según datos de la ONU, alrededor de 48.800 mujeres y niñas en todo el mundo fueron asesinadas por sus parejas o familiares. Esto significa que, en promedio, más de cinco mujeres o niñas son asesinadas cada hora por alguien de

su propia familia. A nivel mundial, unas 736 millones de mujeres –casi una de cada tres– han sido víctimas de violencia física y/o sexual al menos una vez en sus vidas.

Según el criminólogo **Adolfo Ceretti**, la violencia de género se expresa “a través de las distintas declinaciones de la opresión como pueden ser el deseo de dominación, la angustia de la pérdida o la perspectiva de su reconquista. Antes de intentar reconstruir los procesos deliberativos que llevan a un hombre a la decisión de atacar el cuerpo de una mujer, es necesario considerar y comprender cómo el autor del acto percibe y reconoce su papel (superordinado o subordinado) en el contexto específico de la interacción con la futura víctima y, al tiempo, en la historia de vida en la que se concreta la acción violenta”.

Profundas raíces

La violencia contra las mujeres, afirma el Papa **Francisco**, tiene “raíces profundas que son también culturales y mentales y que crecen en el terreno del prejuicio, la posesión y la injusticia”. Pues bien, según **Lucia Vantini**, presidenta de la Coordinadora de Teólogas Italianas, lo que sigue siendo débil es la conciencia eclesial de cómo este terreno se cultiva también a través de las desigualdades de género.

“Estas adoptan formas diferentes. Se esconden en los discursos sobre la igualdad bautismal; en ciertas formas de describir a **María**; en las numerosas omisiones de las voces femeninas en la historia de la salvación; o en ese continuo fracaso a la hora de tener en cuenta a las mujeres concretas que son ya Iglesia como hijas de Dios y como madres y hermanas y, que en nombre del Evangelio tienen ideas, visiones y experiencias de las que no se debe prescindir. Si tomamos en serio la idea expresada varias veces por el Papa Francisco según la cual donde hay dominación hay abuso, no podemos pensar en remediar la violencia contra las mujeres sin tocar la cuestión del



poder en la Iglesia, de su forma narrativa y de su ejercicio práctico”, afirma la teóloga, una de las mujeres que intervinieron en el Consejo de Cardenales, en presencia del Papa, para profundizar en la reflexión sobre el papel de las mujeres en la Iglesia.

Es un trabajo que parte de la relectura de las Escrituras. “La figura de Dios Padre está en parte en la raíz de un sistema de dominación masculina. Patriarcado significa gobierno del padre”, comenta la pastora bautista **Elizabeth Green**, autora de *Cristianismo y violencia contra la mujer*. “El cristianismo –afirma– es una religión histórica, heredera del judaísmo que refleja una sociedad patriarcal. Todas las iglesias deberían deconstruir sus implicaciones con el patriarcado, lo que significaría revisar teologías y símbolos. Es inútil pensar que se puede cambiar solo un elemento del sistema o ignorar todo el sistema simbólico”. Es la operación que las teólogas han comenzado a hacer desde los años ochenta con iniciativas como la de la interpretación de la Biblia desde una perspectiva feminista de la católica **Elisabeth Schussler Fiorenza** (*En Memoria de Ella*). Porque durante siglos una determinada lectura de los textos sagrados ha justificado y cristalizado los roles de género.

Tener una visión patriarcal significa “transmitir la idea de que los seres humanos varones deben tener los mayores recursos disponibles para que puedan



Las cruces rosas del desierto de Ciudad Juárez

*Multitud de cruces de madera pintadas de rosa y clavadas en la tierra son obra de madres y padres y de hermanas y hermanos. Están en el desierto de la Juárez Valley y señalan el lugar dónde se encuentran los cuerpos sin vida de las víctimas de desapariciones forzadas, trata de personas y feminicidios. Violadas, torturadas y cruelmente mutiladas. Las cruces forman un panteón en el que están grabados los nombres de las mujeres asesinadas y los mensajes de sus familiares. Están decoradas. Su presencia supone algo de consuelo para los familiares y son un grito que clama justicia en medio de una elevadísima impunidad. Las mismas autoridades tienen por costumbre volcar la culpabilidad en las propias víctimas, muchas veces de clase humilde, a las que tachan de prostitutas y drogadictas. La antropóloga **Julia Monárrez Fragoso** propone la definición de “feminicidio sexual sistémico”.*

En toda Ciudad Juárez, en el estado mexicano de Chihuahua, tierra de narcos, donde han desaparecido miles de mujeres en los últimos treinta años (algunas estimaciones indican que más dos mil), las cruces rosas se han convertido en un símbolo de la lucha contra los feminicidios para que el mundo no los olvide, se avergüence e intervenga. En la foto, el lugar donde se encontraron los cuerpos de ocho mujeres en 1996.

utilizarlos para el bien de todos, ya que están predispuestos a la guía, la enseñanza, el liderazgo y las responsabilidades. Esta idea era dada por sentada y obvia en la Iglesia católica, con un agravante: atribuir directamente a Dios y a su voluntad, por cómo creó las cosas y cómo dispuso las relaciones, que los hombres tengan poder y medios, mientras que las mujeres se han de contentar con recibir lo que los hombres deciden”. Así lo afirma la teóloga **Serena Segoloni**, autora de *Jesús Masculino Singular*.

Discursos que luchan por ser comprendidos en las comunidades cristianas donde

términos como “patriarcado”, “feminismo”, “género” y “sexualidad” son vistos con recelo, “considerados caballos de Troya para transmitir ideas destructivas a nivel comunitario, educativo y emocional”, dice Vantini.

“Nunca han sido abordados –añade– con un intercambio lúcido, franco, honesto, atento a la historia, culturalmente estructurado, éticamente justo y espiritualmente solidario. Quien piense en descartar estas cuestiones diciendo que son feministas está diciendo, por un lado, algo cierto a nivel histórico porque fueron las feministas quienes primero plantearon la cuestión;

pero, por otro lado, se está mostrando como una persona indiferente ante el dolor y la injusticia que sufren las mujeres”.

Es precisamente en la necesidad de identificar el ser varón con esta prevalencia que existe el vínculo entre patriarcado y violencia. “En muchos feminicidios se desencadena esta dinámica: mi mujer, mi pareja me pertenece y hasta puedo matarla porque si se separa, si desobedece, pierde el sentido de su existencia, es como si ya no estuviera», comenta Segoloni.

Una patología que, según Ceschia, “también convierte al hombre en esclavo de la imagen que se le impone. En la ansiedad de estar a la altura de un rol codificado y no demostrar vulnerabilidad, no tener que lidiar con la propia fragilidad”. Es una discusión general que concierne, tanto a la sociedad como a la Iglesia. Pero esta última, dice Segoloni, tiene el “antídoto” contra todo esto en su “testigo” por excelencia: “**Jesús** era varón, pero vive la masculinidad de tal manera que la rediseña con un estilo que nunca se había visto, que no somete a nadie ni pretende entrar en lucha jerárquica con nadie”. Como ejemplo de este proceder de Jesús, Segoloni indica “la actitud colegial hacia las mujeres, el hecho de que tenga discípulas o que nunca hable del rol materno y mucho menos de la virginidad. Más bien habla de la fe de quienes le siguen y les da un mandato misionero. Y en las Iglesias primitivas hay mujeres en puestos de liderazgo”.

Transformación

El tema afecta a todas las Iglesias. Si en el protestantismo, según Green, “hay una antropología de la igualdad, el catolicismo se basa, incluso en su orden eclesial, en una antropología de la diferencia”. Pero esto no significa que el patriarcado haya sido erradicado en las iglesias evangélicas. “Se produce y se reproduce y por eso todavía encuentra formas de sobrevivir en la organización eclesial y en la teología”. No es casualidad que durante el Decenio Ecueménico de Solidaridad de las Iglesias con las Mujeres (1988-1998), anunciado por el Consejo Mundial de Iglesias, este tema emergiera con fuerza. Hace unos diez años nació el *Observatorio interreligioso sobre la violencia contra las mujeres* a raíz del “Llamamiento ecuménico a las Iglesias cristianas contra la violencia contra las mujeres” (9 de marzo de 2015), promovido por el Consejo de la Federación de Iglesias Evangélicas en Italia. “A pesar de que a lo largo de los siglos las religiones han debilitado en muchas situaciones la

→ subjetividad femenina, no queremos renunciar al patrimonio y al tesoro de la fe, que consideramos distinta de la religión, porque la primera tiene más que ver con una dimensión espiritual, mientras que la religión tiene más una dimensión social y también institucional”, afirma **Paola Cavallari**, presidenta emérita del Observatorio y editora de *No solo el crimen, también el pecado. Religiones y violencia contra las mujeres*.

Se trata de alfabetizar a los hombres y mujeres, a los futuros sacerdotes, catequistas y agentes de pastoral para que lean con otros ojos la realidad femenina y la relación hombre-mujer. Partiendo de una base en la que “todavía está muy extendida una mentalidad según la cual el varón tiene el papel de poder, de toma de decisiones y el papel de la mujer está reducido al de servicio”. “Es un pensamiento que luego da lugar a acciones consiguientes. Por ejemplo, seguir hablando de mujer-cuidado-maternidad o referirse a un imaginario de santidad y virginidad, crea una manera de confinar a las mujeres a ciertos roles. Hoy ninguna mujer puede ser simplemente madre y esposa, porque son mucho más. María tampoco era solo madre y virgen. También fue discípula y protagonista y fue una mujer autónoma”, afirma sor Ceschia. En esto las mujeres consagradas tienen una gran responsabilidad. “Las religiosas debemos ser conscientes de la gran aportación que podemos hacer a la visión de la mujer, a partir de nuestros propios ambientes donde una cierta formación nos ha hecho aceptar solo roles subordinados”. No es casualidad que el tema del abuso a las mujeres consagradas siga resurgiendo muy ligado al de la cultura patriarcal, como cuenta **Anna Deodato** en *Quisiera resurgir de mis heridas. Iglesia, mujeres, abuso*.

Antídotos

Intentar encontrar antídotos en la Iglesia significa recuperar una imagen de Dios herida por la idea de que “las mujeres son las que han tenido que aguantar, sacrificarse y tener paciencia para alcanzar la santidad pagando el precio del sufrimiento y del sacrificio”, subraya Ceschia.

Nadie duda de la labor de la Iglesia en primera línea con iniciativas de apoyo para quienes sufren la violencia –desde la trata hasta los abusos– y con palabras y gestos de solidaridad concreta hacia las víctimas. “Lo que todavía no se ha puesto en marcha es una crítica al sistema que, voluntaria o involuntariamente, desencadena esa violencia, la encubre, la justifica y la apoya”. En definitiva, el párroco pro-



Memorial en recuerdo de Maricela Escobedo, que era la madre de una joven asesinada y fue asesinada, a su vez, porque pedía justicia.

bablemente “ya no dice “ten paciencia”, pero hay maneras mucho más sutiles de sugerir lo mismo”, subraya Lucia Vantini. “Lo haces cuando das por sentado que ciertas cosas solo les suceden a quienes son difíciles, llevan una vida desordenada o son pobres o ingenuas; cuando te ríes de chistes misóginos; cuando ya ni siquiera te enfadas por un desprecio más hacia lo que las mujeres han dicho, escrito y hecho en la historia; cuando no comprendemos que en las desigualdades de género no basta con reflexionar sobre los modelos psicológicos, culturales y sociales de la feminidad, sino que es necesario pensar en la masculinidad, en qué modelo se miran los hombres de fe, nuestros padres, nuestros hermanos, amigos, amantes y compañeros de viaje en este mundo”.

Otro trabajo en el que embarcarse es en el de medir las palabras y prestar atención al lenguaje porque nunca es neutral y transmite mensajes. “Las niñas “bonitas” y “princesas” y los pequeños “campeones”

o el “niño que no debería llorar como una niña” son cosas que siempre hemos escuchado en el colegio y en familia”, dice la psicóloga **Michela Simonetto**, licenciado en Ciencias Religiosas por la ISSR de Padua. “Como Iglesia no basta con dar los contenidos del catecismo, sino que debemos ofrecer un conocimiento para los seres humanos. Los educadores parroquiales me han dicho varias veces que tienen miedo de abordar ciertos temas que, como la sexualidad, son tabú para la Iglesia. Pero si no damos nosotros a los jóvenes herramientas e información, las buscarán en otra parte, probablemente en lugares equivocados”. Si trabajara en una comunidad concreta, ¿qué haría Elizabeth Green? “Partiría de un anuncio de la Palabra por parte de las mujeres y de formar a los sacerdotes para reconocer los signos de violencia en las familias. Buscaría una colaboración, que actualmente no existe, con el mundo laico, con centros antiviolencia que tienen décadas de experiencia en este campo”.

Entre la muerte y el más allá

El recuerdo de los fallecidos más cercanos ayuda a dar gracias por los dones recibidos

MARINELLA PERRONI

En el imaginario colectivo, noviembre es el mes de los muertos. Los supermercados se llenan de velas de color rojo, flores y los cementerios reciben más visitas que nunca. Pero, tal vez, ahora deberíamos utilizar los verbos en tiempo imperfecto porque, sobre todo, en las grandes ciudades, el culto a los muertos tiene cada vez menos espacio en nuestras vidas. Y parece que será así, cada vez más, en las próximas generaciones, para las que parece que los cementerios ni existan. Desde hace tiempo, sociólogos y teólogos insisten en que nuestro mundo moderno se ha distanciado progresivamente de la muerte.

Sin embargo, quizás también porque muchos de nosotros estamos envejeciendo y conocemos a muchas personas mayores, la muerte se avecina con su descarada arrogancia y nos abruma. Hemos “externalizado” la muerte, la hemos “hospitalizado” y, pese a todo, nos vemos obligados a mirar la vida a partir de la muerte. “Hermana muerte”, sí, pero no por ello menos dolorosa, inesperada y no pocas veces injusta.

Las religiones han intentado explicar de muchas maneras a lo largo de la historia la posible relación entre la muerte y la divinidad. Una relación muy diversificada porque, entre otras cosas, está fuertemente ligada a dos factores decisivos. Por un lado, la esperanza de vida; y, por otro, aún más importante, el reconocimiento de la persona humana a veces reservado a los ricos y poderosos, hasta después de la muerte. Por su parte, la tradición bíblica deja entrever que la muerte es “escandalosa”, es decir, constituye un obstáculo para la idea de un Dios único y, sobre todo, de un Dios benévolo. No es casualidad entonces que los mitos bíblicos de la creación, sin preocuparse demasiado por ser lógicos, atribuyan la culpa de la muerte a los humanos y no a Dios, ni sorprende que para Israel las almas no pudieran tener ninguna relación con Dios después de la muerte y vagasen por el Sheol, lugar de silencio y oscuridad. “Pero tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida”, exclama el autor del libro de la Sabiduría (11,26).

Será más tarde, y solo en algunos grupos religiosos, que la idea de una resurrección, de una vida después de la muerte, se abrirá paso. Y será de aquí de dónde surgirá la fe de los discípulos del profeta galileo que lo reconocerán como el Resucitado, el primero, las primicias de lo que sucederá a cada hombre y a cada mujer de cada tiempo.

“Eliminará la muerte para siempre”, profetizó **Isaías** (25,8) y el Nuevo Testamento terminará con la visión de “la tienda de Dios con los hombres” en la que Él “enjuagará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido” (Apocalipsis 21,3-4). **Jesús** lo había afirmado con fuerza ante la incapacidad de los saduceos de creer en la resurrección: Que el Dios de **Abraham**, el Dios de **Isaac** y el Dios de **Jacob**, es decir, el Dios de Israel, “no es el Dios de los muertos, ¡sino de los vivos!” (Mateo 22,32), incluyendo entre los vivos a los que resucitarán el último día. La historia del pensamiento humano, religioso o no, es un estrecho diálogo con la muerte.

Noviembre es el mes de los muertos, no de la muerte. Nos enseña a recordar, nos pide desenredar el hilo de nuestra vida a partir de las relaciones y los afectos. Los que ya no están han estado ahí y, sobre todo, han estado ahí para nosotros. Incluso la nostalgia que surge por su ausencia nos recuerda que estaban ahí, eran parte de nuestras vidas. Quizás ya no visitaremos a nuestros muertos en los cementerios, pero tendremos que hacer de la memoria el lugar del nuevo culto a los muertos. Tendremos que aprender a tratar la muerte, incluso a socializarla.

Misas por los difuntos

La Iglesia lo ha intentado, a su manera, pero las misas “ofrecidas por el alma de un difunto” cuyo nombre se pronuncia en un susurro, son un pequeño paso. Deberíamos inventar ocasiones en las parroquias o encuentros para procesar juntos la memoria de nuestros muertos. Lugares donde celebremos la vida, no la abstracta, sino “la nuestra”. Porque el recuerdo

de nuestros muertos nos ayuda a dar gracias por lo que hemos tenido y a asumir mutuamente las cargas de lo que, a veces, se nos fue arrebatado demasiado pronto. Cada uno de nuestros muertos ha sido para nosotros, en las buenas y en las malas, una presencia y un regalo.

En un pequeño libro, un gran teólogo jesuita alemán del siglo pasado, **Karl Rahner**, propuso varias meditaciones breves e incisivas. Una se titulaba *Dios de mis muertos*. Aquellos a quienes cada uno de nosotros amó en vida no pueden ser prisioneros de la tierra y del olvido ni se les puede negar relación con Dios. Nuestros muertos continúan hablándonos y contándonos historias. Y cuando los recordamos nos hablan del “Amoroso Señor de la vida”.



William-Adolphe Bouguereau,
“El día de los muertos”, 1859,
Museo de Bellas Artes, Burdeos



El Papa Francisco acaricia a una de las víctimas femininas de violencia en la República Democrática del Congo

Un problema casi satánico

ISABELLA PIRO

El magisterio de los Papas condena la violencia de género

Un problema casi satánico. Es 19 de diciembre de 2021 cuando el Papa **Francisco** define así el drama de la violencia contra las mujeres. “El número de mujeres golpeadas y maltratadas en casa, incluso por sus maridos, es muy grande. El problema para mí es casi satánico”, fueron sus palabras exactas, pronunciadas durante un programa especial de televisión.

En realidad es así, a pesar de los muchos avances que la promoción de las mujeres ha logrado a lo largo de los años, siguen siendo “invisibles” y “últimas” en muchas partes del globo y en muchas culturas y sociedades. Invisibles y últimas siempre, excepto en violencia y abuso. En estas terribles categorías, las mujeres están en la cima. En casi doce años de pontificado, el Papa Francisco nunca ha dejado de denunciar este drama, o más bien, este crimen. En numerosas ocasiones ha reiterado la necesidad de ponerle fin y proteger la vida y la dignidad de las mujeres, reconociendo su importante papel social. En el punto 54 de *Amoris laetitia*, por ejemplo, destacaba “la vergonzosa violencia que a veces se ejerce sobre las mujeres, el maltrato familiar y distintas formas de esclavitud que no constituyen una muestra de fuerza masculina sino una cobarde degradación”. Y añade: “La violencia verbal, física y sexual que se ejerce contra las mujeres en algunos ma-

trimonios contradice la naturaleza misma de la unión conyugal. Pienso en la grave mutilación genital de la mujer en algunas culturas, pero también en la desigualdad del acceso a puestos de trabajo dignos y a los lugares donde se toman las decisiones”.

Son numerosos los discursos y homilías de Francisco que contienen referencias a este dramático tema. El 1 de enero de este año, en la misa de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios, también 53ª Jornada Mundial de la Paz, el Pontífice pidió al mundo entero “mirar a las madres y a las mujeres para encontrar la paz, para salir de la espiral de violencia y odio y volver a tener miradas humanas y corazones que vean. Y toda sociedad necesita acoger el don de la mujer, de cada mujer. De respetarla, protegerla y valorarla sabiendo que quien hace daño a una sola mujer profana a Dios, nacido de mujer”.

Fuente de vida

Estas palabras se hacen eco de las pronunciadas cuatro años antes, también en la solemnidad mariana del primer día del año: “Las mujeres son fuente de vida. Sin embargo, son continuamente ofendidas, golpeadas, violadas, inducidas a prostituirse y a suprimir la vida que llevan en su seno –afirma el obispo de Roma–. Toda violencia infligida a la mujer es una profanación de Dios, nacido de mujer.

La salvación para la humanidad vino del cuerpo de una mujer: de cómo tratamos el cuerpo de la mujer entendemos nuestro nivel de humanidad”. El Pontífice no deja de denunciar las veces en que “el cuerpo de la mujer es sacrificado en los altares profanos de la publicidad, del lucro, de la pornografía, explotado como superficie de uso. Hay que liberarlo del consumismo, hay que respetarlo y honrarlo; ¡Es la carne más noble del mundo, ella concibió y dio a luz el Amor que nos salvó!”.

Los abusos a los que se ven obligados el género femenino y la humanidad están también en el centro del discurso que el Papa pronuncia el 11 de marzo de 2023, al recibir en audiencia a los participantes del encuentro promovido por la *Strategic alliance of catholic research universities* y la Fundación Centesimus annus pro Pontífice: “Cada persona debe ser respetada en su dignidad y en sus derechos fundamentales: educación, trabajo, libertad de expresión, etc. Esto se refiere a las mujeres, más comúnmente sometidas a violencia y abuso. [...] Durante mucho tiempo, las mujeres han sido el primer material de desecho. Esto es terrible. Se han de respetar los derechos de cada persona”. Su petición de “no permanecer en silencio ante este flagelo de nuestro tiempo” y no dejar “sin voz a las mujeres que son víctimas de abusos, explotación, margi-

nación y presiones indebidas”, también es contundente. “Demostremos voz a su dolor y denunciemos con fuerza las injusticias a las que están sometidas, muchas veces en contextos que las privan de cualquier posibilidad de defensa”.

Meses más tarde, el Papa envió un mensaje a la campaña nacional contra la violencia contra las mujeres organizada por distintos medios italianos. Iluminó con sus palabras una tragedia que todavía se tiende a ocultar o, peor aún, que nos deja indiferentes, casi como si fuera normal. “La violencia contra las mujeres es una mala hierba que aflige a nuestra sociedad y que debe ser eliminada de raíz. Y estas raíces son culturales y mentales, crecen en el suelo del prejuicio, la posesión y la injusticia”, decía Francisco. “En demasiados lugares y en demasiadas situaciones, las mujeres son relegadas a un segundo plano, son consideradas inferiores, como objetos. Y si una persona es reducida a una cosa, ya no se ve su dignidad, se le considera solo una propiedad que puede ser utilizada hasta el punto de eliminarla”, destacaba.

“¡Donde hay dominación hay abuso! No es amor si requiere ser prisioneros”, señalaba el Pontífice, llamando a todos al deber y a la responsabilidad de escuchar y tomar en consideración “a las mujeres

que son víctimas de abusos, explotación, marginación y presiones injustas”. “¡No nos quedemos indiferentes! Es necesario actuar inmediatamente, a todos los niveles, con determinación, urgencia y valentía”. También porque –y lo escribió en la cuenta @Pontifex el 25 de noviembre de 2022, en el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer – “ejercer violencia contra una mujer o explotarla no es un simple delito, es un crimen que destruye la armonía, la poesía y la belleza que Dios quiso dar al mundo”.

Los predecesores del Papa Francisco también abordaron en varias ocasiones la cuestión de la violencia contra las mujeres. En 2008, al recibir en audiencia a los participantes en la Conferencia Internacional Mujer y hombre, el *humanum* en su totalidad, **Benedicto XVI** afirmó: “Hay lugares y culturas donde las mujeres son discriminadas o subestimadas por el simple hecho de ser mujeres, donde se recurre a los argumentos religiosos y se utilizan presiones familiares, sociales y culturales para sustentar la desigualdad de sexos, donde se cometen actos de violencia contra las mujeres, convirtiéndolas en objeto de maltrato y explotación en la publicidad y en la industria del consumo y el entretenimiento”. “Ante fenómenos

tan graves y persistentes, el compromiso de los cristianos parece aún más urgente para que se conviertan en todas partes en promotores de una cultura que reconozca a las mujeres, en el derecho y en la realidad, la dignidad que merecen”, sentenciaba.

Un hito eclesial

No podemos dejar de mencionar la Carta a las mujeres escrita por **Juan Pablo II** en 1995. Un hito de la posición de la Iglesia contemporánea ante esos terribles fenómenos que el Papa **Wojtyła** llama “perversiones”. “Mirando uno de los aspectos más delicados de la situación femenina en el mundo, cómo no recordar la larga y humillante historia –a menudo ‘subterránea’– de abusos cometidos contra las mujeres en el campo de la sexualidad. A las puertas del tercer milenio no podemos permanecer impasibles y resignados ante este fenómeno”. De ahí la firme advertencia del Papa santo de “condenar con determinación, empleando los medios legislativos apropiados de defensa, las formas de violencia sexual que con frecuencia tienen por objeto a las mujeres”. Denuncia, “en nombre del respeto a la persona”, “la difundida cultura hedonística y comercial que promueve la explotación sistemática de la sexualidad, induciendo a chicas incluso de muy joven edad a caer en los ambientes de la corrupción y hacer un uso mercenario de su cuerpo”.

Es fundamental el *Mensaje a las mujeres*, escrito por **Pablo VI** el 8 de diciembre de 1965. Entre los documentos finales del Concilio Vaticano II, el texto se dirige a “las mujeres que sufren”. “Vosotras, que os mantenéis firmes bajo la cruz a imagen de María; vosotras, que tan a menudo, en el curso de la historia, habéis dado a los hombres la fuerza para luchar hasta el fin, para dar testimonio hasta el martirio, ayudadlos una vez más a conservar la audacia de las grandes empresas, al mismo tiempo que la paciencia y el sentido de los comienzos humildes”, escribe el Papa **Montini**.

La actualidad de ese Mensaje nos dice que la brutalidad contra las mujeres representa una herida que aún sangra y que se agrava por la soledad en la que muchas veces se encuentran las víctimas. Solas frente a los abusos, solas frente a los largos e interminables tiempos de la justicia, solas frente a los Estados que no siempre son capaces de garantizarles el acompañamiento adecuado, hoy más que nunca las mujeres deben ser salvadas. Que el próximo Jubileo sea una oportunidad para reflexionar sobre este tema.



En el Boulevard de Grenelle, París: “Nunca se mata por amor”

Solo nos queda llorar

Durante su viaje a África en febrero de 2023, el Papa se reunió con las víctimas de la violencia en el este de la República Democrática del Congo. Con valentía y dignidad algunas mujeres contaron al Pontífice los sufrimientos que habían padecido. **Bijoux Mukumbi Kamala** fue secuestrada por una milicia en 2020. Tenía 17 años y durante 19 meses fue violada “como un animal” por el comandante “varias veces al día, cuando quería, durante varias horas”. Cuando logró escapar estaba embarazada. “Tuve unas gemelas que nunca conocerán a su padre”. **Emelda M'karhungulu** tenía 16 años en 2005. “Fui retenida como esclava sexual y abusada durante tres meses. Cada día, entre cinco y diez hombres abusaban de cada una de nosotras. Nos hacían comer harina de maíz y la carne de los muertos. Esta era nuestra comida diaria. Quien se negaba a comerla era asesinada y descuartizada para que las demás tuvieran que comérsela”. “Solo nos queda llorar”, respondió el Papa **Francisco**.

El mandato de masculinidad

No lo llaméis agresión sexual. Porque la atracción o el deseo irreprimible no son las verdaderas causas de la violación. **Rita Segato**, de 74 años, argentina, está convencida de ello y es antropóloga especializada en desigualdad de género y conflictos contemporáneos, tema que ha investigado sobre el terreno en escenarios de guerra repartidos por América Latina, desde El Salvador a Guatemala. Del trabajo con reclusos condenados por agresiones sexuales en las cárceles de Brasilia nació la intuición de que, detrás del relato individual, se esconden mecanismos de actuación colectiva. En Ciudad Juárez, azotada en los años noventa por una desconcertante ola de feminicidios en serie, se hizo realidad la teoría del “mandato de masculinidad”, retomada en el reciente *La guerra contra las mujeres*.

“Dos dimensiones se cruzan en la llamada violencia sexual. Una vertical, en la que el agresor se dirige a la víctima y la castiga porque la considera un desafío al orden patriarcal. Esto, sin embargo, es lo menos importante – afirma–. Y la horizontal, la fundamental, que se refiere a la relación entre el agresor y sus iguales, a quienes se dirige para pedir ser admitido en “el grupo masculino”, ya que ha pagado el propio “tributo” con la ferocidad sobre el cuerpo femenino. La violación no es una anomalía de un sujeto solitario, es un mensaje dirigido a la sociedad. Responde a una lógica expresiva. Por eso, no es un delito sexual, aunque se cometa con medios sexuales. El objetivo no es tanto conquistar el cuerpo, sino demostrar que eres capaz de hacerlo para obtener el ansiado estatus masculino. Evidentemente, se trata de dinámicas absolutamente inconscientes”.

Rita Segato explica: “Cuando, durante dos años, entrevisté a presos acusados de violación, me llamó mucho la atención que no supieran explicar los motivos de sus actos. No mentían, es que de verdad no lo entendían. Se trata, pues, de profundizar y sacar a la luz lo que está enterrado. Es la tarea de los intelectuales: “dar” las palabras con las que descifrar la realidad, ya que lo que no tiene nombre no existe en el horizonte mental. Solo una vez que ese algo es nombrado y, por tanto, descubierto, se puede decidir si conservarlo o eliminarlo”.

De este modo, la palabra se convierte en una condición previa para el cambio. No

La categoría del patriarcado debe ser desmantelada

LUCIA CAPUZZI

es fácil, sin embargo, acuñarla: la historia de la asimetría de género se confunde con la de la especie. Por eso, según la antropóloga, es la columna vertebral de todas las formas de desigualdad anidadas en el tejido social.

“La violencia contra las mujeres no es un problema que interese a un grupo social determinado, sino el semillero, el vivero, el terreno fértil de todas las demás formas de abuso y opresión. Es en los géneros donde se encarna la estructura subliminal de las relaciones marcadas por una diferencia de prestigio y poder. El estatus masculino, considerado superior, debe ser adquirido y reconocido por otros poseedores de virilidad. El ‘deber’ para obtenerlo es el cuerpo de la mujer, percibido como proveedor de gestos que alimentan la masculinidad. En el acto mismo de conferir el tributo produce su propia exclusión de la casta que consagra. Por lo tanto, las leyes por sí solas no son suficientes. No es casualidad que, a pesar de los esfuerzos legales, los feminicidios y las violaciones parezcan estar aumentando. “En esta época de caos global, en la que la riqueza se concentra cada vez más en unas pocas manos, la competencia por mantener un estatus dominante es feroz. Para “mantener el ritmo”, cada vez se piden más tributos. De ahí la creciente violencia contra las mujeres”.

El ejemplo extremo son las llamadas nuevas guerras, típicas del siglo XXI. En ellas, ejércitos irregulares, muy a menudo bandas criminales, luchan entre sí. En esta forma de guerra, “el cuerpo femenino se convierte en uno de los principales campos de batalla. Lo vi claramente en el conflicto guatemalteco. Atacar el cuerpo de las mujeres de una comunidad o facción agrediendo sexualmente, a veces hasta la muerte, es como colocar una bomba en el centro de un edificio, haciéndolo implosionar en un instante y sin necesitar una gran inversión de recursos”.

Otra forma de ser hombres

Para combatir la violencia de género se necesita un cambio de perspectiva que devuelva al centro la categoría de patriarcado, para desmantelarlo. Contrariamente a la creencia popular, su demolición no beneficiará solo a las mujeres. “Los hombres son las primeras víctimas del mandato de masculinidad. Lo cual no significa justificar los crímenes ni minimizarlos. Sino más bien reconocer que esta forma de ser hombres los aprisiona en un miedo constante a perder su poder ante la menor manifestación de debilidad. No pueden experimentar la afectividad de forma saludable ni dejar que sus emociones brillen. El mandato de la masculinidad es una jaula opresiva. Los hombres están empezando a darse cuenta. A veces, los jóvenes me paran en la calle para agradecerme que les haya abierto los ojos. Es el mejor reconocimiento a mi trabajo”.



Rita Segato, antropóloga

Una asociación de religiosas católicas está intentando cambiar la historia de la violencia de género en Kenia.

El fenómeno se considera una emergencia nacional más que en otros países africanos, pero a las instituciones les está costando ponerle freno. Según el Instituto Nacional de Estadística de Kenia, el 34% de las mujeres han sufrido violencia desde al menos los 15 años. Los feminicidios en 2022 alcanzaron la cifra récord de 725. Los datos proporcionados por ONU Mujeres –organismo de las Naciones Unidas que se ocupa de la igualdad de género y el empoderamiento de las mujeres– destacan que, en 2022, el 41% de las mujeres casadas ha sufrido violencia física, frente al 20% de las solteras. La atención sobre este drama volvió a principios de septiembre con el asesinato de la atleta ugandesa **Rebecca Cheptegei**, que vivía y entrenaba en Kenia. La deportista, de 33 años, acababa de regresar de los Juegos Olímpicos de París y ese día, domingo, salía de la iglesia con sus dos hijos. Su pareja, el keniano **Dickson Ndiema Marangach**, tras otra discusión, la roció con gasolina y le prendió fuego en su casa de Endebess. No logró sobrevivir a las quemaduras que cubrían el 80% de su cuerpo.

El de la Asociación de Hermanas de Kenia (AOSK) es un sutil trabajo de “costura” institucional. Es una Organización de Derecho Pontificio fundada en 1962, e integrada por mujeres consagradas en constante y continua relación con la Santa Sede, dentro de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

En los últimos meses, la AOSK ha pedido al gobierno de Kenia un cambio de estrategia para abordar la violencia de género. Lo hizo en una petición dirigida al presidente **William Ruto**, a través de la Oficina de la Secretaria del Gabinete para Género, **Aisha Jumwa**. Las religiosas católicas, procedentes de los 47 condados de Kenia, han esbozado una serie de medidas concretas que el Estado debería tomar en consideración para contrarrestar este dramático problema. La portavoz de la solicitud es la hermana **Pasilisa Namikoye**, secretaria ejecutiva de la AOSK. “Instamos al Gobierno de Kenia a declarar la violencia de género como una emergencia nacional y a implementar las medidas oportunas para abordar el problema”, explica Namikoye al describir las directrices propuestas.



Rebecca Cheptegei
en el Mundial de Atletismo,
Budapest 2023

“Que la violencia sea emergencia nacional”

Las religiosas católicas se plantan ante el Gobierno de Kenia

En uno de los primeros puntos, las recomendaciones de las religiosas católicas incluyen la creación de hogares seguros accesibles para víctimas de violencia de género. La asociación insiste en la necesidad de formar a los agentes de policía sobre cómo gestionar los casos de violencia de género y tomar medidas contundentes contra los autores de abusos. Las monjas piden al gobierno que establezca un registro nacional de perpetradores disponible en todas las oficinas administrativas y comisarías del país para que los delincuentes puedan ser identificados más fácilmente.

Buscar una solución

Expresan su compromiso, como miembros de la Iglesia católica, de intensificar los esfuerzos para combatir este fenómeno y colaborar con las autoridades para encontrar una solución. Representan una fuerza poderosa porque en Kenia hay mil parroquias y casi seis mil religiosos. Un tercio de la población es católica.

La petición de las religiosas está sobre la mesa de **Anne Wang'ombe**, Secretaria

Principal del Departamento de Estado responsable de seguir la emergencia dentro del Ministerio de Género, Cultura, Artes y Patrimonio de la República de Kenia. Wang'ombe ha elogiado la iniciativa de las religiosas. La Secretaria afirmó que la lucha contra la violencia de género “es una campaña que requiere la participación de todos, incluida la Iglesia Católica”.

También anunció que el Ministerio ha desarrollado una serie de medidas, algunas de las cuales ya han sido puestas en marcha, como la ley de delitos sexuales y la ley de protección contra la violencia doméstica, que comienzan a dar frutos con la disminución de los casos de mutilación genital femenina. “Necesitamos la ayuda de todos. Todos debemos implicarnos porque esta no es una guerra que podamos ganar solas”, indica Wang'ombe. Las religiosas están ahí dispuestas a echar una mano, esperando conseguir ese primer objetivo, es decir, declarar la violencia de género “emergencia nacional”. Una declaración que supondría un punto de inflexión sin precedentes.

Dar voz a la concubina del Levita y a Rispa, Agar, Tamar

La concubina del levita, **Rispa**, **Agar** y **Tamar**, son cuatro mujeres bíblicas que fueron víctimas de la violencia y el odio. La concubina del levita, narrada en el libro de los Jueces, es uno de los episodios más oscuros de la historia de Israel, una historia de terror: una violación en grupo de una mujer (sin nombre) cuyo cuerpo es luego profanado y desmembrado en doce pedazos enviado al doce tribus de Israel. “Cuantos lo veían, decían: No ha ocurrido ni se ha visto cosa semejante, desde la subida de los hijos de Israel de

Egipto hasta el día de hoy. Consideradlo, deliberad y pronunciaos”.

Rispa, mencionada en el segundo libro de **Samuel**, es una esposa secundaria del rey **Saúl** con quien tiene dos hijos, y que también sufre violencia por parte del comandante del ejército **Abner**. Cuando el nuevo rey **David** sacrifica por una equivocada idea de justicia retributiva a toda la familia de su despiadado predecesor, Rispa no se resigna a la muerte de sus hijos, no acepta que sus cuerpos ahorcados sean abandonados a la intemperie y a las fieras. Guarda los cadáveres y les asegura la dig-

nidad de un entierro. Y con este gesto de compasión, pone fin a la guerra.

Agar, que aparece en el libro del Génesis, es la esclava egipcia de **Sara**, esposa de **Abraham**. Ella sufre una triple violencia: la de la esclavitud; la de Sara que, al no poder tener hijos, la ofrece a su marido con el objetivo de quedarse con su futuro hijo; y la de Abraham que la echa junto con el pequeño Ismael cuando Sara da a luz a su hijo **Isaac**. Tamar, descrita en el segundo libro de Samuel, es la hermosa hija de David de quien se enamora su medio hermano **Amnón**. Este, después de violarla,

El cuerpo del delito, un cuerpo político DE ROSELLA POSTORINO

En aquellos días no había rey en Israel y yo había huido de casa. Había dejado a mi marido en el monte de Efraín, donde vivía como extranjero, y había vuelto a Belén de Judá, con mi padre. “Si se hubiera quedado en casa”, dice la gente. Mi marido era levita, yo era concubina: me había hecho su mujer sin pagar dote.

Si me hubiera quedado en casa con él. Si me hubiera quedado donde debía.

Donde debía como esposa, aunque fuera la otra.

Si me hubiera quedado donde debía, no habría pasado.

Era buena, todas lo somos. ¿Por qué me tuve que ir?

Adulterio, dice la gente. Una infiel, una sinvergüenza.

La gente siempre tiene una respuesta, más allá de la verdad.

En aquellos días no había rey en Israel y yo merecía la muerte, según la ley de Dios. Pasaron cuatro meses y mi marido el levita salió con dos asnos y un siervo para venir a buscarme. No vino para matarme. Me rogó que volviera con él. Después de

todo, yo le pertenecía. Mi padre lo recibió con alegría, lo invitó a su mesa y le ofreció algo de comer y beber. Durante tres noches mi marido, el levita, durmió en Belén de Judá, en la casa de mi infancia. Nadie me preguntó si quería quedarme, ni siquiera participé en el banquete porque las mujeres no comen con los hombres; si se dejan ‘devorar’ porque las mujeres son un buen bocado. Al cuarto día el levita se dispuso a partir y mi padre lo disuadió: “Toma un pedazo de pan, te irás más tarde”. Y comieron y bebieron juntos. Pronto oscurecería, entonces mi padre dijo: “Duerme aquí también esta noche y deja que tu corazón se regocije”.

Su corazón sí se regocijaba. Por lo menos el suyo.

Al quinto día, el hombre que era mi esposo se levantó temprano para irse, pero, otra vez, mi padre lo detuvo. Me engañé pensando que lo estaba haciendo por mí. Me engañé pensando que quería mantenerme con él, defenderme de lo que no quería, como si mis deseos importaran. Me engañé pensando

que era un perdón. Pero fue un presagio.

Si hubiera estado en casa, en mi sitio, si no me hubiera escapado, nada, nada hubiera pasado. ¿De quién es la culpa entonces?

En aquel tiempo no había rey en Israel y en la tarde del quinto día, después de comer y beber, el levita decidió partir. El suegro objetó señalando que había menos luz, pero esta vez el yerno ya no le hizo caso. Quizá también pensó que mi padre quería retenerme para siempre.

El sol cayó ante nuestros ojos cuando llegamos a Guibeá, la ciudad de los

benjaminitas. Sentados en la plaza, esperábamos que alguien nos ofreciera su hospitalidad para pasar la noche, pero nadie se acercó. Hasta que un anciano que regresaba del campo le preguntó al levita dónde iba y de dónde venía. Descubrieron que eran paisanos ya que el anciano también nació en el monte de Efraín y vivía como extranjero en Guibeá. “Bienvenidos”, dijo, y nos abrió la puerta. Había comida y bebida. Después, alguien llamó violentamente.

“Entrénganos al hombre que está en tu casa”, decía

la muchedumbre de benjaminitas.

“Hermanos –les rogó el anciano– no cometáis tal atrocidad, este hombre es mi invitado”.

Si no me hubiera ido. “¿Por qué lo has hecho?”, pregunta la gente.

“Aquí está mi hija, que aún es virgen, y la concubina de este hombre. Haced con ella lo que queráis”. El viejo podía entregarme, aunque yo no era suya. Yo era trofeo, todas lo somos. Incluso “su hija”. Para respetar las leyes de la hospitalidad, el anciano habría renunciado a lo que más amaba.



“El levita de Efraín”, 1837
Museo de Bellas Artes, Lyon

pasa del amor al odio y la expulsa de la casa. El otro hermano **Absalón** es quien venga su deshonra.

La escritora **Rosella Postorino** cede la palabra a estas cuatro mujeres. Ella firma el libreto del espectáculo *La oscuridad no tiene voz* que se representó en el Teatro Petruzzelli de Bari, en el marco del ciclo *Es hora de cambiar la música*. Es una iniciativa de la Fundación Teatro Petruzzelli de Bari y la Región de Puglia en colaboración con dos asociaciones italianas contra la violencia contra las mujeres: Una nessuna centomila y Giraffa onlus. Cuatro monólogos que recitan la actriz **Maddalena Crippa** y la mezzosoprano, **Marina Comparato**, acompañadas por la orquesta del Teatro Petruzzelli de Bari dirigida por **Alessandro Cadario** con música de **Matteo D'Amico**.

Publicamos el monólogo de la concubina del levita.

La muchedumbre de benjaminitas no parecía convencida. Ofender a un hombre era una infamia. Sería trasgredir las leyes de la hospitalidad. Un delito abominable. Mi marido, el levita, impidió el ultraje a su paisano.

Así que me echó fuera y me abandonó en sus manos. Y esos hombres me usaron e hicieron conmigo lo que quisieron.

Si me hubiera quedado donde debía.

Hicieron conmigo lo que quisieron toda la noche.

¿De quién es la culpa?

Abusaron de mi hasta el amanecer.

La gente no quiere la verdad, ¿cómo puedo contarla? No hay palabras. Esa noche mi cuerpo sufrió el silencio, el desgarró, el estrépito, el trueno y el rugido de la tormenta. El llanto que no escucháis es el de mi cuerpo silencioso.

Me vi sola delante de una multitud. Me sacrificaron porque el honor de un hombre se debe proteger sobre todas las cosas. Quién sabe si mi padre está durmiendo.

Quién sabe si ese presagio le despertó de pronto con una punzada en el pecho.

Que se regocije tu corazón, padre, ya es de día. Mi corazón nunca volverá a estar alegre. Ya ni siquiera late. Me han tirado en la puerta de esa casa. El levita me ha visto y me ha ordenado que me ponga en pie, que nos vamos. Pero mi cuerpo no respondía. Mi cuerpo y mi corazón están envueltos en el silencio.

En aquellos días no había rey en Israel, y el levita me montó en un asno y me llevó a Efraín. Finalmente, en casa, agarró un cuchillo y me cortó en pedazos. Como un animal sacrificado.

“¿Por qué lo has hecho?”, dice la gente. “¿Por qué has dejado a tu marido?”

Hizo doce trozos, una para cada tribu. Me envió como advertencia, como testimonio de una abominación. Yo era el cuerpo del crimen, el símbolo de la desintegración de Israel, el comienzo de una guerra civil. Yo era un cuerpo político, siempre lo había sido. Todas lo somos.



“En las escuelas se debe enseñar educación emocional”

Celeste Costantino es vicepresidenta de la fundación “Una Nessuna Centomila”

CARMEN VOGANI

Con el calendario en la mano –lunes, martes, miércoles...– cada tres días una mujer es asesinada en Italia. No se trata de una emergencia, es algo sistemático y, como tal, hay que abordarlo. Es el llamamiento de la fundación “Una Nessuna Centomila”, la primera fundación italiana que aboga por la prevención, combate este tipo de violencia y sostiene económicamente distintos centros. Hay decenas de medidas sociales, culturales y políticas que se pueden poner en práctica con las nuevas generaciones para derribar estos estereotipos de género. Una fundamental es la educación emocional en las escuelas. Un derecho consagrado en Europa por el Convenio de Estambul que en Italia sigue inmerso en la polémica y en la dificultad por encontrar su espacio. Lo hablamos con la vicepresidenta de esta fundación, **Celeste Costantino**.

¿Qué es la educación emocional?

Un conocimiento que incluye pedagogía, sociología, educación sexual, psicología, educación cívica y educación en medios online. Se trata de cursos estructurados según grupos de edad. En los países que ya han introducido esta materia en el currículum escolar, se han registrado importantes mejoras en los índices relacionados con la brecha de género y el desigualdad de género en el ámbito laboral.

Le hago una objeción de muchos que aseguran que la educación de los hijos es tarea de las familias.

Son las familias las que, cada vez más, solicitan ayuda a los centros educativos porque la violencia digital ahora tam-

bién forma parte de la violencia que ya conocíamos. Muchos padres no tienen herramientas para manejarla. Pensemos también en la pornografía online, en los preadolescentes expuestos a imágenes de relaciones sexuales identificadas como violaciones. En ausencia de una adecuada educación, se multiplican los riesgos.

¿Y el riesgo de ideologizar a los más jóvenes?

Le respondo con la solución. Como Fundación, queremos facilitar este tipo de formación emocional teorizando un proceso preparatorio de estructuración de este conocimiento, desde un punto de vista académico y científico. Los temores, también infundados, se alimentan precisamente de la ausencia de una ley y de una formación unívoca.

¿Pensamiento cristiano y educación emocional tienen algo en común?

Yo aseguro que sí. La verdadera cuestión es comprender si la Iglesia quiere dar un paso adelante hacia la deconstrucción de algunos estereotipos sobre las mujeres, también en cuanto al papel de las madres. Para la generación de mi padre, cambiar pañales habría sido impensable, pero ya no es así.

¿Hay interlocución con la Iglesia?

Hay realidades individuales, quizás en territorios fronterizos, que han sabido entender el enorme alcance del problema y han decidido modernizarse con una metodología educativa que da resultados. Lo que falta es un sistema, una verdadera interlocución. Como católica, espero una transformación importante.

Dina, gritos en el silencio

La violación de la hija de Jacob exige respuesta en la actualidad

AMYJILL LEVINE

La Biblia no es tanto un libro de respuestas como un libro que nos ayuda a hacer las preguntas correctas. En raras ocasiones hace preguntas directamente al lector. Depende de nosotros dar las respuestas. Una historia que plantea múltiples preguntas a las que nos corresponde responder es la de **Dina** en Génesis 34.

El relato comienza con Dina, la hija de **Jacob** y **Lía**, que va a encontrarse con otras chicas del país a las que nunca llegará a ver. “Cuando la vio **Siquem**, hijo de **Jamor** el heveo, jefe del país, la agarró, se acostó con ella y la violó”. Y a partir de aquí empiezan las preguntas.

¿Queremos que Siquem vaya a prisión? Y si es así, ¿por cuánto tiempo? ¿Queremos que lo castren o lo ajusticien? Situando el pasaje en un contexto moderno: ¿Queremos castigar a las personas que se rieron con él cuando compartió fotos de Dina o las publicó en Internet?

La Biblia también pregunta qué podría pensar Dina. Porque ella reza: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Sabemos que con su *ánima* (en hebreo *nefesh*, su fuerza vital), Siquem “llegó a sentir tal afecto por Dina, hija de Jacob, que se enamoró de la muchacha y trató de conquistar su corazón”. Le dice a su padre que se la consiguiera como esposa. Cuando Jacob se entera de que su hija ha sido “deshonrada” (según su punto de

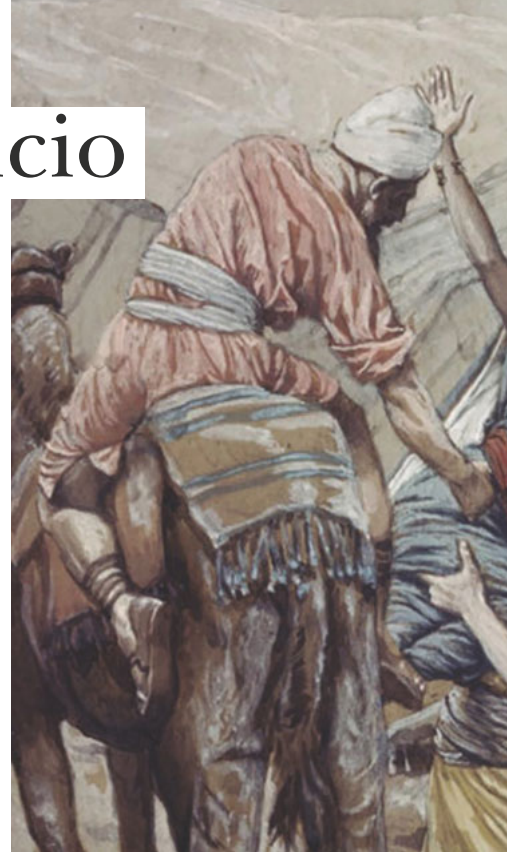
vista), espera hasta poder consultar con sus hijos. Si atacaba, pondría en peligro a su familia. Si no actuaba, resultaría débil e incapaz de proteger a su hija. El padre de Siquem entonces propone a Jacob que sus hijos se casen. “Emparentad con nosotros: dadnos vuestras hijas y tomaos las nuestras. Así podréis vivir con nosotros. La tierra está a vuestra disposición: estableceos en ella, comerciad y adquirid posesiones”, sugiere.

Me imagino a Jacob pensando: “Que Dina se case con Siquem, así todos disfrutaremos de seguridad económica y política”. Todos estarían felices, excepto Dina. Quizás Jacob pensó: “Es mejor sacrificar una hija que destruir a toda la familia”.

¿Actúa Jacob como debería hacerlo un padre? ¿El guía de una comunidad actúa como debería? ¿Y dónde está Lía, la madre de Dina? ¿Qué pensaron las otras mujeres, las israelitas e incluso las siquemitas? ¿Y los hermanos de Dina, no están furiosos por lo sucedido?

La propuesta está bien estudiada. “Solo aceptamos con esta condición: que seáis como nosotros, circuncidando a todos vuestros varones”, dijeron los siquemitas. La circuncisión es una señal de la alianza entre Dios y el pueblo de Israel. Los hermanos degradan este signo. “Has violado a nuestra hermana –piensan– y nosotros te infligiremos un dolor similar”.

Los hombres de Siquem aceptan porque su rey ha dicho que así poseerán todo el ga-



nado y las riquezas de Jacob. Los hombres siquemitas aceptan ser circuncidados. Los hermanos de Dina esperan. Un día, dos días y al tercer día, cuando los hombres “estaban sufriendo”, Simón y Leví, hijos de Jacob, matan a los hombres y recuperan a su hermana. La violación genera una matanza. Y Dina, cuyo nombre significa “juicio”, sigue guardando silencio. La violencia continúa. Los otros hermanos de Dina “saquearon la ciudad porque habían deshonrado a su hermana”.

Se llevaron sus rebaños y “todos sus hijos y sus mujeres”. ¿Qué será de esos niños y de esas mujeres? La destrucción, el asesinato, la esclavitud y la violación no resuelven el

La falta de un pensamiento cristiano sobre la

Caso 992” es un colectivo feminista mexicano que apoya a las madres abandonadas víctimas de violencia. La violencia más significativa deriva de las lagunas del sistema penal mexicano, que todavía está permeado por rasgos patriarcales. Las cifras son impactantes: 30,2 millones de víctimas, entre ellas mujeres y niños. “Caso 992” cuenta con el apoyo de 29 institutos profesionales y asociaciones civiles. Luchan juntos por un

cambio en el sistema jurídico sobre esta cuestión, que parece irracional por lo discriminatoria que es. Entre las organizaciones e investigadores implicados en la iniciativa no hay una sola universidad católica.

México no es un caso aislado. Son pocas las universidades católicas que dedican recursos a la investigación sobre la violencia contra las mujeres. En el ámbito práctico y pastoral, no hay duda de que la Iglesia (principalmen-

te, si no exclusivamente, gracias a las religiosas) se compromete cada día con las mujeres víctimas. Existen innumerables iniciativas para acoger, acompañar y reincorporar en el ámbito laboral... Pero ¿y la investigación? Prácticamente no existe.

Parece que las instituciones académicas católicas también tienen cierto recelo hacia el tema, que tradicionalmente ha sido considerado una cuestión “de izquierdas”. No abren líneas de

investigación, ni dedican grupos o individuos para trabajar el tema. Ni siquiera mencionan el 25 de noviembre, Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, establecido por Naciones Unidas en memoria del terrible asesinato de tres hermanas, Patria, Minerva y María Teresa Mirabal, durante el régimen del dominicano Rafael Leónidas Trujillo en 1960. No se menciona en absoluto. En definitiva, se han autoexcluido

“La seducción de Dina, hija de Lea”, Museo Judío, Nueva York



crimen original; más bien solo aumentan la violencia. Jacob dice a sus hijos: “Me habéis metido en un apuro, haciéndome odioso a los habitantes del país, los cananeos y los perizitas. Yo tengo poca gente; si se reúnen contra mí y me atacan, me destruirán a mí y a mi familia”.

En el último versículo de Génesis 34 los hermanos responden: “¿Y debería nuestra hermana haber sido tratada como una prostituta?”. Ninguna palabra de Dios que ni siquiera se menciona en el capítulo. Y ninguna palabra sobre Dina.

Las historias de violaciones y venganzas son recurrentes. En el Segundo Libro de Samuel (capítulo 13), **Tamar**, la hija de **Da-**

vid, es violada por su hermano, el príncipe heredero **Amnón**. David se niega a actuar, pero Absalón, el hermano de Tamar, no solo mata a Amnón sino que inicia una guerra civil contra su propio padre. La Biblia nos recuerda que la violación ocurre, y ocurre incluso en las mejores familias. Nos recuerda que las violaciones no solo las cometen forasteros, como Siquem, sino miembros de la familia como Amnón. Lo más importante es que la Biblia muestra que la violencia en respuesta a la violación conduce a más violencia y muerte.

Cinco reflexiones

¿Qué hemos aprendido?

- 1. No se nos dice lo que piensa Dina, así que tenemos que darle voz.** ¿Se alegró por la muerte de Siquem? ¿Por el asesinato de sus amigos? ¿Por el destino de las mujeres y los niños? ¿Rechazaba la violencia? ¿Quería casarse con Siquem? ¿Quería darle una segunda oportunidad? ¿Debió haber una tercera y cuarta oportunidad cuando él seguía usando la violencia y, una vez que su ira disminuía, le ofrece palabras de consuelo?
- 2. Algunos estudiosos antiguos han sugerido que Dina es la culpable de la violación porque si no hubiera salido a encontrarse con otras jóvenes, nada de esto habría sucedido.** La Biblia no culpa a la víctima y nosotros tampoco deberíamos
- 3. Siquem, el violador, también está hecho a imagen de Dios.** Antes de la pandemia, ya daba clases en la Institución de Máxima Seguridad Riverbend en Nashville. Entre mis alumnos había hombres condenados por asesinato y violación, robo a mano armada con agravante y

abuso infantil. Leyendo el Génesis en Riverbend, el asesinato de **Abel** por parte de **Caín** y la violencia de Siquem contra Dina, mis estudiantes encarcelados me decían que ellos eran más que sus crímenes. Eran hombres con familia, con esperanzas, con sentimientos de culpa y con amor. Jesús habló de visitar a los presos, porque ellos también son parte de nuestra comunidad. “¿Te gustaría ser conocida solo por lo peor que hiciste en tu vida?”, me preguntaba uno de mis alumnos. “Ya no soy el hombre que era hace cuarenta años cuando me declararon culpable de violación”, decía otro.

- 4. El Génesis nos dice que la violación no solo daña a la víctima.** También daña a la familia y a la comunidad de la víctima y al mismo violador, a su familia y a su comunidad. Los hombres de Siquem son asesinados y las mujeres y los niños raptados. Y la familia de Jacob también sufre al verse obligada a mudarse. Raquel muere al dar a luz durante ese viaje. El trauma continúa a través de generaciones, hasta Tamar y Amnón y más allá.

- 5. La historia nos interroga sobre Dios.** En Génesis 34 no se menciona a Dios. Pero la división de los capítulos –que se hará siglos después– puede resultar engañosa. Dios es invocado en el último verso del capítulo 33 y en el primer verso del capítulo 35. Por tanto, el silencio no significa ausencia.

La Biblia nos dice que la violencia engendra más violencia. Reconoce el dolor de las víctimas y su necesidad de justicia. Nos obliga a ver lo que preferiríamos ignorar y exige que nosotros, como comunidad, decidamos cuál es la mejor manera de seguir adelante.

violencia de género es un problema MARTA RODRÍGUEZ

de este asunto privándolo así de la contribución específica del pensamiento cristiano.

La ausencia de esta aportación supone un problema. No se trata tanto de obtener cifras o describir el fenómeno porque estos datos están a disposición de todos y son analizados por otras asociaciones. La perspectiva específicamente cristiana sirve para ampliar el análisis de las causas y realizar un diagnóstico más completo. Sirve también para

proporcionar principios y criterios de interpretación y acción, a partir de la propia comprensión del ser humano.

Pondré un ejemplo. El desgarrador fenómeno de la violencia ha sido interpretado desde una antropología que considera que la autonomía de las mujeres es el valor máximo y la relación entre hombre y mujer se lee en clave más bien dialéctica.

La visión cristiana puede enriquecer y modular esta interpre-

tación añadiendo a la conversación que, si bien la autonomía es un valor fundamental, debe enmarcarse en una relación de comunión. En definitiva, todos dependemos unos de otros. Por tanto, el objetivo que alcanzar no será solo garantizar el mismo poder a todos (que parece ser el enfoque de las políticas actuales en este sentido). La autonomía y el empoderamiento son ciertamente condiciones necesarias, pero no objetivos finales. La vi-

sión cristiana amplía el horizonte y permite entender que también es necesaria la curación y la educación en la relación entre hombres y mujeres.

El Papa Francisco ha hablado claramente sobre la violencia contra las mujeres. Esperemos que los investigadores católicos puedan superar sus objeciones y entrar en un tema que no es ni de derechas ni de izquierdas: es de todos. Y el Evangelio tiene mucho que decir al respecto.

Un drama conyugal y una sentencia revolucionaria

Una mujer se enamora de un hombre joven, guapo y rico. Un amor apasionado. Ella se escapa con él, se casan, se convierte en madre de sus cuatro hijos y sigue amándolo a pesar de que él ha cambiado y es violento desde los primeros días de matrimonio. Después de veinte años, cuando con mucha dificultad logra separarse, durante un último encuentro lo mata y hace desaparecer su cuerpo.

No confiesa inmediatamente. Lo hace después de que se encuentra el cuerpo. La novela de **Maria Grazia Calandrone**, *Magnífico y tremendo fue el amor*, Einaudi, 2024, parte de una crónica policiaca y cuenta una historia real, un drama conyugal que en Italia fue un caso judicial cerrado con una sentencia puntera y revolucionaria: la absolución por legítima defensa.

La protagonista del libro es **Luciana**, una bella muchacha de buena familia que, con 17 años, de vacaciones en Calabria,

conoce a **Domenico**, un apuesto joven de 23 con una particular historia familiar. Tenía 38 años cuando lo mató en Roma en enero de 2004, de doce puñaladas en plena discusión violenta. Después arrojó el cuerpo al río Tíber con la ayuda de su nueva pareja. Ponía fin así a una vida de palizas, humillaciones, amenazas y persecución obsesiva.

Ella no siempre sufrió en silencio. Llegó a denunciar a su marido y marcharse con los niños. Pero siempre volvía. Es algo que, visto desde la distancia y el tiempo, parece incomprensible, pero son los años noventa y el problema de la violencia en el hogar no se veía como hoy. En Italia ni siquiera existe una ley sobre el acoso y Luciana aún seguía queriendo a aquel chico por el que había interrumpido sus estudios y que resultó ser autoritario, posesivo e infiel.

El tribunal que la absolvió consideró no solo el acto en sí, el homicidio, sino

también los abusos sufridos. Estimó que Luciana lo había matado por desesperación. En ese último encuentro Domenico intentó estrangularla y ella se defendió para no morir. Su cómplice fue absuelto.

Calandrone escribe sobre violencia doméstica también en *Donde no me has llevado* reconstruye la historia de **Lucía**, su madre biológica, que huyó de un marido violento con el que se vio obligada a casarse. Lucía intenta una nueva vida junto con otro hombre, **Giuseppe**. Enamorados, huyen de Molise y se dirigen a Milán, pero las dificultades les ahogan. Según la ley de la época, la mujer era culpable de delitos tan graves como relaciones adúlteras y abandono del domicilio conyugal. En 1965 Lucía y Giuseppe se dejaron morir en el río Tíber en Roma y abandonaron a su hija de ocho meses, la autora del libro, en un parque, confiando en que alguien se haría cargo de ella.

Escuchar a los hombres maltratados

Si querarlo, he escrito un libro sobre violencia de género. Sin querarlo, porque mi motivación inmediata no era tratar el tema, sino tratar de entender algo que me había sorprendido, es decir, la absoluta discordancia entre la imagen de una mujer que considero “fuerte” (independiente, reactiva, capaz) y lo que pensaba que era una mujer víctima de violencia.

Creo que la palabra víctima siempre nos ha desviado, porque contiene un juicio, nos lleva a imaginar una persona frágil o sumisa. Por lo tanto, también yo, víctima de prejuicios, intrigada por el contraste evidente entre el estereotipo de mujer maltratada que tenía en mente y el temperamento expresado por **Luciana Cristallo** durante la entrevista concedida a la periodista **Franca Leosini**, comencé a entrar en la vida de los protagonistas de la historia, intentando exa-

minarla sin prejuicios. Intenté simplemente estudiar la historia de dos seres humanos: él que es violento físicamente y ella que sufre y sufre y sufre. Quien sufre y perdona. Durante veinte años.

Cuando comencé a escribir el libro estaba muy segura de que me pondría del lado de la mujer. Sin embargo, al estudiar las miles de páginas de los documentos del proceso, me pareció ver las motivaciones que empujaron a **Domenico** (así se llama el marido) a utilizar la violencia contra su esposa. Evidentemente esto no justifica en modo alguno sus acciones, solo estoy dando cuenta de un método y, quizás, de una forma más efectiva que el juicio para abordar el tema de la violencia. Es decir, comprendí que, solo investigando a fondo lo que mueve a un hombre y lo que indirectamente obliga a las mujeres a permanecer a su lado, podemos vislumbrar una

solución a la producción y reproducción de estas dinámicas.

En términos generales, la única revolución exitosa del siglo XX, la feminista, ha traído consecuencias como poner de manifiesto que hay hombres aún no preparados para la autonomía de sus compañeras y que reaccionan violentamente ante una libertad que quizás, navegando por el río de lo políticamente correcto, simulan aceptar (hablo solo de la cultura occidental contemporánea). La corrección política, si se practica solo con palabras, es francamente peligrosa. Si hubiéramos entrevistado a Domenico, habríamos descubierto que había aprendido a responder que Luciana tenía el mismo derecho que él a ser libre. Pero realmente él no lo creía así. Ni la más mínima fibra de su cuerpo lo creía así.

Adentrándome en esa unidad psicofísica llamada Domenico,



Cuando un hombre dice: “O eres mía o de ninguno”

Santa Scorese fue asesinada a los 23 años por un trastornado

Catorce puñaladas mortales. **Santa Scorese** tenía solo 23 años cuando, el 16 de marzo de 1991 en Palo del Colle, en la provincia de Bari, fue asesinada por **Giuseppe**, un joven con trastornos mentales que estaba obsesionado con ella desde hacía años. Desde 1988 la había perseguido con amenazas, intimidaciones y acoso. “O mía o de ninguno, ni siquiera de Dios”, le escribió en una nota.

Santa buscó protección, denunciando repetidamente, pero en aquel momento las leyes italianas no ofrecían herramientas adecuadas para combatir fenómenos de este tipo. El delito de acoso no fue incluido en el código penal italiano (artículo 612 bis) hasta 2009. La policía y las autoridades restaron importancia a la gravedad de la situación, creyendo que se trataba de “un trastorno pasajero” y que el hombre no representaba una verdadera amenaza, incluso si había llegado al punto de un in-

tento de violación del que la joven apenas había logrado escapar.

La familia, el padre de Santa era policía. Él la protegía y siempre alguien intentaba acompañarla cuando salía. A pesar de las precauciones, la tarde del viernes 15 de marzo de 1991 su acosador esperó a que volviera de una reunión de Acción Católica y la golpeó ferozmente. Mientras, el padre de Santa estaba en el balcón esperando que regresara su hija. Era una tragedia anunciada. Nadie había detenido a Giuseppe, considerándolo simplemente un enfermo, pero no malintencionado. Tras el asesinato de Santa, Giuseppe acaba encerrado en un hospital psiquiátrico judicial donde permanece durante 10 años.

Santa, estudiante de Pedagogía, era una joven dulce, religiosa y comprometida socialmente, siempre dispuesta para contribuir a mejorar el mundo que la rodeaba. Era muy activa en su comunidad católica



y soñaba con ser misionera. El proceso de beatificación ya se ha puesto en marcha. Es Sierva de Dios por el carácter heroico que demostró. En 2019, el director **Alessandro Piva** contó su historia en el documental “Santa Subito” que ganó el Premio del Público en el Festival de Cine de Roma.

MARIA GRAZIA CALANDRONE

hay un punto del libro en el que me dirijo a quienes lo conocieron y les pregunto por qué nadie lo detuvo, ni lo ayudó a detenerse. Evidentemente, la pregunta sigue sin respuesta.

Desgraciadamente, la historia transcurre en unos años en los que la figura femenina seguía imbuida del modo sacrificial que se ha tolerado durante siglos, sobre todo, por la dependencia económica del marido. En el hogar de los **Bruno** (no es casual el uso del apellido del marido para definir el núcleo familiar) a partir de un determinado momento Luciana es quien sostiene a la familia, pero nuestro país vive todavía sin materializar el impulso feminista en una verdadera, concreta, cotidiana y real igualdad. Se necesita mucho tiempo para que los logros sociales y legislativos se conviertan en una realidad aceptada y vivida por todos, en todos los rincones de cada país. Y Domenico —así lo dicen los

hechos—, como muchos hombres de su generación, todavía entendía el cuerpo y la vida de su esposa como una propiedad. Era suya, de Domenico.

Estoy convencida de que lugares como los C.A.M, Centros de Escucha para Hombres Maltratadores (organización sin ánimo de lucro fundada en Florencia en noviembre de 2009, que abrió otras oficinas en todo el país en 2014), que se están difundiendo en Italia, son una decidida apuesta hacia un futuro más igualitario.

En ellos el hombre es acogido sin juicios ni prejuicios, puesto en condiciones de aprender a comprenderse a sí mismo y a sus contradicciones y problemas, antes de que recurran a la respuesta violenta. Todos tenemos todo mal y todo bien y acoger al otro, sabiendo profundamente que el otro tiene los mismos derechos que nosotros, es el resultado, primero de una decisión y, después, de un ejer-

cicio diario. Es el resultado de un aprendizaje, porque el vicio, por el contrario, la parte más antigua de nuestra naturaleza, nos llevaría a atacar a quienes amenazan nuestras fronteras o nuestras propiedades. Por tanto, como escribo en el libro, es esencial distinguir las señales que nos muestran nuestra parte controlada y civilizada de las que nos desvelan nuestra parte instintivamente agresiva.

Debemos aprender a reconocer el momento en que la bestia se despierta en nuestro interior. Y detenerla antes de que tome control de nosotros, devolverla a su propia oscuridad y hacer otra cosa. Quizás dedicarnos al arte, quizás hacer deporte. Y así, hasta que aprender el respeto, poco a poco, un día tras otro, un año tras otro, se convierta en costumbre. Y, finalmente, se descubra la alegría. La victoria sobre la atroz soledad de quienes controlan la vida de aquellos que ama.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento